

Mario había asistido al inesperado desenlace de la emboscada que había dado á conocer á Javert; pero apenas hubo abandonado éste la casa, llevando sus presos en tres coches de alquiler, salió también. No eran más que las nueve de la noche, y se dirigió á casa de Courfeyrac.

Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del barrio latino; se había mudado á la calle de la Vidriería «por razones políticas;» aquel barrio no era uno de los que servían de asiento á la revolución por entonces. Mario dijo á Courfeyrac:—Vengo á dormir contigo. Courfeyrac sacó un colchón de los dos que tenía en su cama, le extendió en el suelo, y dijo:— Ahí tienes.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, Mario volvió á la casa, pagó el alquiler á la tía Bougón, hizo cargar en un carretón de mano sus libros, la cama, la mesa, la cómoda y sus dos sillas, y se fué sin dejar las señas de su nueva casa; de tal modo que, cuando Javert volvió por la mañana para preguntar á Mario sobre los sucesos de la víspera, no encontró más que á la tía Bougón, que le respondió:—¡Se ha mudado!

La tía Bougón quedó convencida de que Mario era algo cómplice de los ladrones presos por la noche.—¿Quién lo hubiera creído?—decía á los porteros del barrio;—¡un joven que tenía el aire de una niña!

Mario había tenido dos razones para mudarse tan pronto. Primera, que ya tenía horror á aquella casa en que había visto tan cerca, y en todo su desarrollo, lo más repugnante y lo más feroz; una fealdad social más horrible aún que el rico malvado; el pobre malo. Segunda, que no quería figurar en el proceso que seguiría probablemente, y verse obligado á declarar contra Thenardier.

Javert creyó que el joven, cuyo nombre había olvidado, había tenido miedo y se había fugado, ó no había vuelto quizá aún á su casa en el momento de la emboscada; hizo, sin embargo, algunos esfuerzos para encontrarle, pero no lo consiguió.

Pasó un mes y después otro. Mario seguía en casa de Courfeyrac: había sabido por un pasante de abogado, visitante habitual de la Sala de los Pasos Perdidos, que Thenardier estaba incomunicado, y daba todos los lunes al alcaide de la cárcel de la Fuerza cinco francos para Thenardier.

Mario, no teniendo ya dinero, pedía los cinco francos á Courfeyrac: era la primera vez, en su vida, que pedía prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma para Courfeyrac que los daba y para Thenardier que los recibía.

—¿Para quién puede ser?—pensaba Courfeyrac.

—¿De dónde puede venir esto?—se preguntaba Thenardier.

Mario estaba dolorido: todo para él había vuelto á las tinieblas. No veía nada delante de sí: su vida estaba sumergida en un misterio, en que andaba á tientas. Había visto un momento de muy cerca, en

esta obscuridad, á la joven á quien amaba, al viejo que parecía su padre, á esos seres desconocidos, que eran su único interés y su única esperanza en este mundo; y en el momento en que había creído tenerlos por suyos, un soplo le había arrebatado todas estas sombras. Ni una chispa de certidumbre y de verdad había salido del choque más terrible. No había encontrado ninguna coyuntura posible. No sabía ni aún el nombre que había creído saber: seguramente no era el de Úrsula, y la Alondra era un apodo. ¿Y qué pensar del viejo? ¿Se ocultaba, en efecto, de la policía? El obrero de cabellos blancos que Mario había encontrado en las cercanías de los Inválidos se le presentaba á la memoria; ya era probable que este obrero y el señor Blanco fuesen uno mismo. ¿Se disfrazaba, pues? Este hombre tenía cosas heroicas y cosas equívocas. ¿Por qué no había gritado pidiendo auxilio? ¿Por qué había huído? ¿Era el padre de la joven? ¿Era realmente el hombre que Thenardier había creído conocer? ¿Podía haberse equivocado Thenardier? Estas preguntas eran otros tantos problemas sin solución. Pero nada de esto disminuía el encanto angelical de la joven del Luxemburgo. ¡Oh desgracia dolorosa! Mario tenía una pasión en el pecho, y la noche en los ojos. Se veía impulsado y atraído, y no podía moverse: todo se había desvanecido, excepto el amor; y aún del amor mismo había perdido los instintos y las iluminaciones súbitas. Ordinariamente, esta llama que nos abrasa nos alumbraba también un poco, y da alguna claridad útil al exterior. Pero Mario no oía ya esos sordos consejos de la pasión. Nunca se decía:—¿Si fuese allí? ¿Si hiciese tal ó tal cosa? Aquella joven, á quien no podía ya llamar Úrsula, estaba evidentemente en alguna parte; pero nada indicaba á Mario por qué lado debía buscarla. Toda su vida se resumía á la sazón en dos

palabras: una incertidumbre absoluta en una bruma impenetrable. Aspiraba siempre á verla, pero ya no lo esperaba.

Para colmo de desgracia volvía á visitarle la miseria; sentía ya cerca de sí, por detrás, su soplo helado. Porque durante estos tormentos, y desde hacía algún tiempo, había abandonado su trabajo; y nada es más peligroso que la interrupción: es una costumbre que se pierde. Costumbre fácil de perder y difícil de volver á adquirir.

Cierta cantidad de meditacion fantástica es buena, como un narcótico en discreta dosis; adormece la fiebre, muy dolorosa alguna vez, de la inteligencia que trabajaba, y da origen en el espíritu á un vapor suave y fresco, que corrige los contornos demasiado ásperos del pensamiento puro, llena aquí y allá lagunas é intervalos, enlaza los conjuntos y sombrea como un difumino los ángulos de las ideas. Pero mucha cantidad de estos sueños fantásticos sumerge y ahoga. ¡Desgraciado el obrero del espíritu que se deja caer completamente desde el pensamiento á este ensueño! Cree que volverá á subir fácilmente, y se dice, que al fin y al cabo es lo mismo pensar que soñar. Error.

El pensamiento es el trabajo de la inteligencia, la meditacion fantástica es la voluptuosidad; reemplazar aquél por ésta, es confundir un veneno con un alimento.

Recordemos que Mario había empezado por aquí; la pasión se había echado encima después, y había acabado de precipitarle en las quimeras sin objeto y sin fondo; sólo salía de casa para soñar; costumbre perezosa, abismos tenebroso y malsano, y á medida que el trabajo disminuía, las necesidades crecían. Esto es una ley. El hombre en el estado de meditacion es naturalmente pródigo y perezoso: el espíritu espaciado no puede tener una vida concreta. Hay en

este modo de vivir una mezcla de bien y de mal, porque si la negligencia perezosa es funesta, la generosidad es sana y buena; pero el hombre pobre, generoso y noble que no trabaja está perdido: se le agotan los recursos, y crecen sus necesidades.

Pendiente fatal, en que los más honrados y los más firmes son arrastrados como los más débiles y los más viciosos, y que llega á uno de estos dos abismos: el suicidio ó el crimen. Y á fuerza de salir sólo para ir meditando, llega un día en que se sale para tirarse al agua.

El exceso de meditacion crea los Escousse y los Lebrás.

Mario bajaba esta pendiente á lentos pasos, con los ojos fijos en aquella persona á quien no veía ya. Lo que acabamos de decir parece extraño y, sin embargo, es verdadero. El recuerdo de un ser ausente se ilumina en las tinieblas del corazón, y cuanto más completamente va desapareciendo, más brilla; el alma desesperada y oscura ve esta luz en su horizonte como una estrella de la noche interior. Todo el pensamiento de Mario era *ella*; no pensaba en otra cosa; conocía confusamente que su levita vieja se ponía inservible; que su levita nueva se hacía vieja; que sus camisas se gastaban, que se gastaba su sombrero, que se gastaban sus botas; es decir, que se gastaba su vida, y decía:—¡Si pudiese verla solamente antes de morir!

Sólo una idea grata le quedaba: que Ella le había amado; que su mirada se lo había dicho: que ella no sabía su nombre, pero conocía su alma, y que tal vez en el lugar en que estaba, por más que pudiese ser misterioso, le amaba aún. ¿Quién sabe si ella pensaba en él, como él en ella? A veces, en esas horas inexplicables que tiene todo corazón que ama, no encontrando más que razones de dolor, y sintiendo,

sin embargo, un desconocido temblor de alegría, se decía:—Estos son sus pensamientos que vienen á mí. Y después añadía:—Mis pensamientos llegarán á ella tal vez del mismo modo.

Esta ilusión que Mario deshacía en seguida, conseguía, sin embargo, infundir en su alma rayos de luz, que se parecían alguna vez á la esperanza. De cuando en cuando, sobre todo á esa hora de la noche que más entristece á los pensadores fantásticos, estampaba sobre un cuaderno, en que no había más que esto, lo más puro, lo más impersonal, lo más ideal de los sueños con que el amor llenaba su cerebro: á esto lo llamaba «escribirla.»

Pero no debe creerse que su razón estaba desordenada. Al contrario, había perdido la facultad de trabajar y de moverse con firmeza hacia un fin determinado; pero tenía, más que nunca, perspicacia y rectitud. Veía con una luz tranquila y real, aunque singular, lo que pasaba á su vista, hasta los hechos ó los hombres más indiferentes: en todo decía lo justo con una especie de abatimiento noble y desinteresadamente cándido. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenía elevado, y se cernía.

En esta situación de ánimo, nada se le escapaba, nada le engañaba, y descubría á cada instante el fondo de la vida, de la humanidad y del destino. ¡Dichoso, aún en medio del dolor, aquel á quien Dios ha dado una alma digna del amor y de la desgracia! El que no ha visto las cosas de este mundo y el corazón de los hombres á esta doble luz, no ha visto nada verdadero, ni sabe nada.

El alma que ama y padece se encuentra en un estado sublime.

Por lo demás, sucedíanse los días, y nada nuevo se presentaba; pareciale solamente que el espacio sombrío que debía atravesar se reducía á cada mo-

mento, y creía entrever ya distintamente el borde del precipicio sin fondo.

—¡Qué!—se decía,—¿no volveré á verla?

Cuando se sube la calle de Santiago, dejando á un lado la barrera, y se sigue un poco á la izquierda el antiguo boulevard interior, se llega á la calle de la Salud, después á la de la Glacière, y un poco antes de llegar al arroyo de los Gobelinos, se encuentra una explanada, que es en toda la larga y monótona ronda de los boulevares de París el único sitio en que Ruysdael se atrevía á sentarse.

No sé de dónde procede la gracia de aquel sitio: un prado verde atravesado de cuerdas tendidas en que se secan al aire algunos pingajos; una casa de hortelano, edificada en tiempo de Luis XIII, con su gran empizarrado cubierto de buhardillas, empalizadas arruinadas, un poco de agua que corre entre algunos álamos, mujeres, risas y voces; en el horizonte, el Panteón, el árbol de los Sordomudos, el Val-de-Grâce, negro, fantástico, alegre, magnífico, y en el fondo el severo cuadrado de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de ser visto, nadie le visita. Apenas le atraviesa cada cuarto de hora una carreta ó un arriero.

Sucedió una vez que los paseos solitarios de Mario le llevaron á este terreno cerca de aquel arroyo. Aquel día hubo una novedad en el boulevard, un transeunte. Mario, gratamente sorprendido por el atractivo casi salvaje del sitio, preguntó al transeunte:

—¿Cómo se llama este sitio?

El transeunte respondió:

—El Campo de la Alondra.

Y añadió:

—Aquí fué donde Ulbalk mató á la pastora de Ivry.

Pero después de la palabra Alondra, Mario no había oído nada. Hay en el estado de ensueño congelaciones súbitas, producidas por una sola palabra. Todo el pensamiento se condensa bruscamente al rededor de una idea, y no es ya capaz de ninguna otra percepción. La Alondra era el nombre que en las profundidades de la melancolía de Mario había reemplazado á Úrsula.

—¡Calla!—dijo en el estupor poco lógico, propio de este aparte misterioso,—este es su campo. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y desde entonces fué todos los días al Campo de la Alondra.

## II

FORMACIÓN EMBRIONARIA DE LOS CRÍMENES  
EN LA INCUBACIÓN DE LAS CÁRCELES

El triunfo de Javert en la casa de Gorbeau había parecido completo, pero no lo había sido.

En primer lugar, y este era su principal cuidado, Javert no había preso al preso. El asesinado que se evade, es más sospechoso que el asesino; y es probable que este personaje, tan preciosa captura para los bandidos, no hubiera sido menos buena presa para la autoridad.

Además, Montparnase se había escapado de las garras de Javert; era preciso esperar otra ocasión para echar la zarpa á aquel «currutaco del diablo.» En efecto, Montparnase, habiendo encontrado á Eponina que acechaba bajo los árboles del boulevard, se había ido con ella, prefiriendo ser Nemorino con la hija, á ser Schinderhannes con el padre; y había hecho muy bien, porque estaba libre. En cuanto á Eponina, Javert la había hecho «trincar,» lo que era un mediano consuelo; y se había reunido con Azelma en las Magdalenas.

En fin, en el trayecto de la casa de Gorbeau á la Fuerza, uno de los principales presos, Suenadinerro,